

FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

RUSIA EN GINEBRA



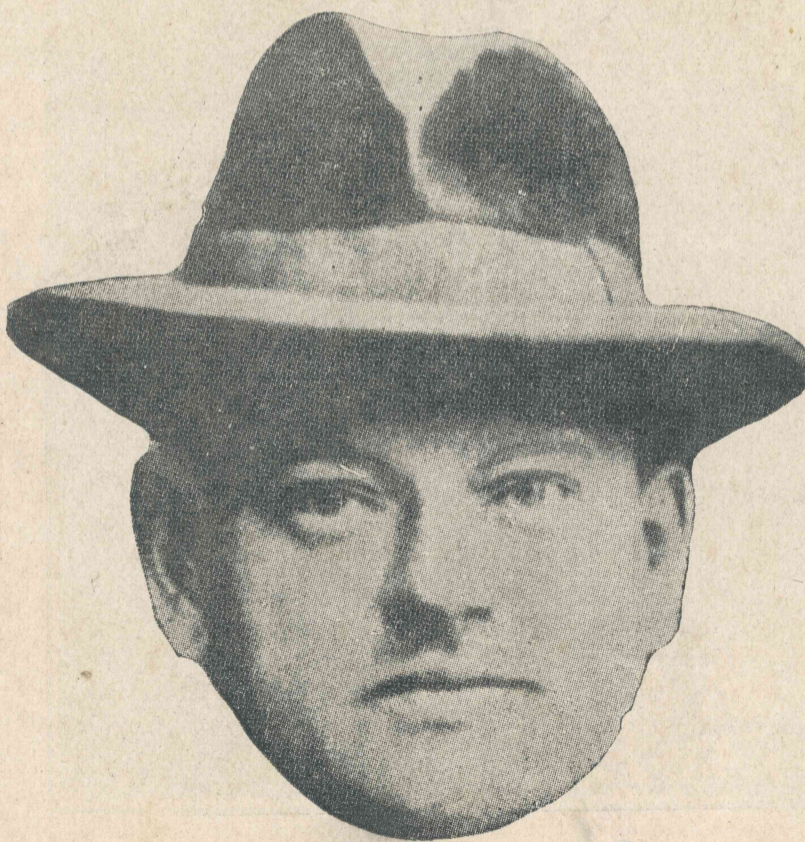
Briand, ministro de Negocios Extranjeros y delegado de Francia.

Sin la presencia de Rusia, la conferencia preliminar del desarme, que acaba de celebrarse en Ginebra, habría trascurrido más o menos monótonamente. Un magnífico discurso de Paul Boncour habría acaparado, como tantas otras veces, los mejores aplausos, conmoviendo hasta las lágrimas a

esos suizos perfectos, demócratas ortodoxos, de quietas y azules perspectivas lacustres, nutridos de excelentes ideales y sanos lacticios, que constituyen por antonomasia la barra típica de todas las grandes asambleas de la paz. Discurso lleno de mesura francesa, de claridad latina y de idealismo internacional, pulcra y sabiamente dosificado.



M. Litvinoff, delegado ruso



Stresemann, premier y delegado de Alemania

Pero con Rusia, la asamblea no podía tener ya este tranquilo curso. Rusia trastorna todos los itinerarios. La burguesía occidental emplea en su propaganda anti-soviética dos tesis que se contradicen y que, en consecuencia, se anulan y destruyen entre sí. Según la primera, Rusia representa el caos, la locura, el hambre, la utopía, el amor libre, el comunismo y el tifus exantemático. Según la otra, la revolución ha fracasado, el Estado ha vuelto al capitalismo, Stalin es un reaccionario, la "nep" ha cancelado el socialismo y no queda ya nada en el Kremlin que recuerde ni la doctrina de Marx ni la praxis de Lenin. Cuando un burgués de alta inteligencia y gran corazón como George Duhamel visita Rusia, desmiente el caos, la locura, el hambre, etc., y encuentra viva aún la revolución.

lución. Pero el mejor desmentido y la

más resonante ratificación le tocan siempre a la propia Rusia soviética, cada vez que la Europa capitalista la convida a discutir un tema de reconstrucción mundial y a confrontar las ideas bolcheviques—sugestas bárbaras y asiáticas—con las ideas reformistas—occidentales, modernas y civiles. En la Conferencia Económica, Rusia propuso al Occidente, como base de cooperación estable y efectiva, el principio de la legítima coexistencia de Estados de economía socialista y Estados de economía capitalista. Y, ahora, en la Conferencia Preliminar de Desarme, Litvinof y Lunacharsky sostienen la doctrina del desarme radical, contra los propugnadores del semi-desarme homeopá-



M. Paul Boncour, delegado francés

finitivamente el corredor de Danzitz y la división de la Alta Silesia. Polonia, por su parte, pretende que Alemania reconozca solemnemente sus fronteras del Este. Italia codicia mandatos territoriales. El dux del fascismo no disimula su política imperialista.

Estos dos factores desahucian, por ahora, la esperanza de Paul Boncour, cuya elocuente prédica pacifista traduce, de otro lado, con demasiada nitidez, los intereses de la política francesa. De suerte que si el Occidente capitalista no puede aceptar, en cuanto al desarme, la doctrina revolucionaria, tampoco puede actuar, efectivamente, la



Lord Chamberlain, Ministro de Negocios Extranjeros y delegado de la Gran Bretaña

tico: limitación de armamentos, difícil equilibrio, paz armada; sistema que, asegurando y garantizando ante todo el poder de las grandes imperios, mantiene el poderío bélico. En ambas ocasiones, la palabra de los delegados rusos ha sido la de los embajadores de un nuevo orden social. La Revolución se ha mostrado alerta y activa, a pesar de la tendencia europea a la estabilización.

Boncour ha opuesto al espíritu de Moscú, el espíritu de Locarno. Los pactos de seguridad son, a su juicio, el camino más seguro del desarme y, por tanto de la paz. Pero únicamente pueden suscribir de buen grado esta teoría los países como Francia, interesados en que se ratifique el actual reparto territorial. Alemania aspira a la revisión del tratado de Versalles. No aceptará ningún pacto con Polonia que sancione de-



Skrynski, delegado polaco

doctrina reformista. El reciente fracaso de las negociaciones entre Inglaterra, Estados Unidos y el Japón para la limitación de los armamentos navales, no permite excesivas ilusiones respecto a la próxima conferencia de desarme.

No es posible, sin embargo, desconocer la significación de que en una solemne asamblea, en la que participan los mayores Estados del mundo, se discuta un tema que hasta hace muy poco parecía del dominio exclusivo de utopistas y pacifistas privados y se escuchen proposiciones como las de la Rusia soviética. Este hecho indica, contra todos los signos reaccionarios, que se avanza, aunque sea lenta y penosamente, hacia ideales de paz y solidaridad que aún los Estados que menos los aprecian, se ven forzados a saludar con respeto.

Los soviets han mandado a Ginebra a dos de sus hombres de espíritu más occidental y de cultura más europea. Litvinoff,



M. Scialoja, delegado italiano

miembro del Consejo de Negocios Extranjeros, que reemplaza a Tchitcherin en este portafolio en todas sus ausencias, es uno de los más experimentados e inteligentes diplomáticos de la nueva Rusia. Lunatcharsky, humanista erudito, que hasta la revolución residió en Europa occidental y que desde 1917 trabaja acremente por afirmar el Estado ruso sobre un sólido cimiento de cien-



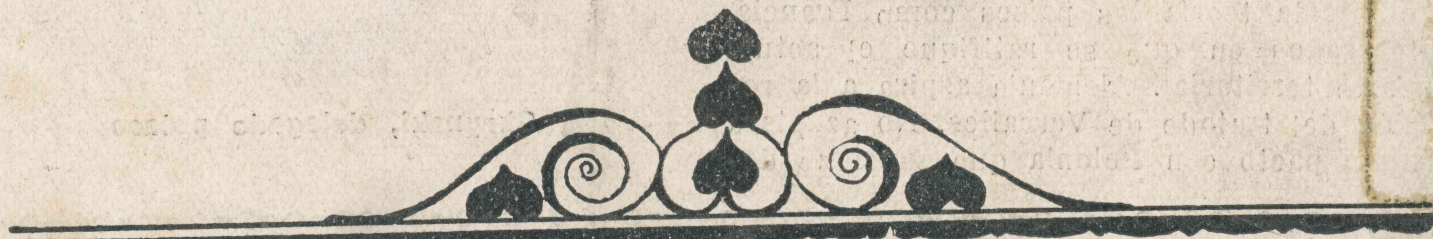
Lunatcharsky, delegado ruso

cia y de cultura, es también un hombre profundamente familiarizado con los tópicos y los hechos de Occidente. No es probable que Litvinoff ni Lunatcharsky hayan sugerido a los asambleístas de Ginebra esa fatídica imagen de una Rusia oriental y bárbara con que se empeñan en asustar a la Europa burguesa algunos intelectuales fantasistas. Ni Litvinoff ni Lunatcharsky, —aunque agentes viajeros de la revolución— tienen traza de enemigos de la civilización occidental. Las calles de Ginebra y de Zurich guardan muchos recuerdos de la biografía de desterrado y estudioso de Anatolio Lunatcharsky.

La ruptura anglo-rusa no ha bloqueado a los Soviets. La Sociedad de las Naciones sabe que su trabajo no puede prosperar sin la colaboración de Rusia, cuyo aislamiento, empujándola hacia el Asia, puede en cambio perjudicar a Europa mucho más que a Rusia misma. Este es el criterio que, a pesar del incidente Rakowsky, domina en el gobierno francés, obligado a inspirarse en los intereses de sus innumerables tenedores de deuda rusa.

He ahí las principales indicaciones de la conferencia preliminar del desarme. El desarme mismo, por el momento, no es sino un pretexto. Lo más interesante es la maniobra de cada nación en torno a este tema.

J O S E C A R L O S M A R I A T E G U I



10 de Noviembre de 1922